

En busca de la coloquialidad perdida

Juan Carlos Abril

Víctor Rodríguez Núñez (La Habana, 1955) es uno de los poetas más importantes cubanos y una de las voces más destacadas de las letras hispanoamericanas actuales. Aparte de su ingente labor poética, es periodista, traductor, agitador cultural y doctor en literaturas hispánicas, ejerciendo como profesor de esa materia en Kenyon College, Estados Unidos. En España se han publicado varios libros suyos en los últimos años y una antología, *Intervenciones: Antología poética* (Santander: La mirada creadora, 2010, cuidada por Juan Carlos Abril), si bien el número de compilaciones de su obra se ha ido multiplicando en estos últimos años de manera exponencial, dado el carácter relevante de su trayectoria y el interés creciente de críticos y lectores. En ese sentido, no deberíamos dejar de señalar que ha publicado un número considerable de entregas poéticas en un sólido camino ya trazado, el cual comenzó en 1979 con *Cayama*, su primer poemario, y ahora viene a regalarnos *Tareas*, y *Reversos*, ambos publicados a finales de 2011. *Cayama* es, por cierto, un barrio de un pueblecito del interior de Cuba cercano a un antiguo ingenio llamado Central FNTA y, por tanto, no solo representa el lugar de los «Orígenes» (*Tareas*, pp. 11-12) y los «Pasados» (ibídem, pp. 15-16), según refleja este fragmento:

Víctor Rodríguez Núñez: *Tareas*, Renacimiento, XVIII Premio de Poesía Rincón de la Victoria, Sevilla, 2011; y, *Reversos*, Visor, XXI Premio de Poesía Jaime Gil de Biedma de la Diputación de Segovia, Accésit de la Junta de Castilla y León, Madrid, 2011.

¿tus pequeños tesoros
 légamo de ceniza?
¿en la salita ardiente giran en torno a ti?
yo tenía que buscar la cantina de leche
antes del desayuno
 empaparme de rocío
llenarme de espigas hasta los huesos

y devolver centavos con lujo de detalle
yo les cuidaba el puesto en el basculador
la casa de bagazo las centrífugas
a los obreros del Central FNTA
me pagaban con frituras calientes
y consejos que guardo

(*Tareas*, pp. 15-16)

Las preguntas sobre la identidad darán paso a una indagación metapoética que se cierne en muchas ocasiones sobre la propia escritura o acto creativo, y no serán pocas las reflexiones de esta índole. Pero Cayama encarna algo más que el origen o lugar físico, con el que comienza la trayectoria vital y posteriormente literaria del poeta, pues ha acabado convirtiéndose en un mito de la propia geografía sentimental de Rodríguez Núñez, y por eso se halla en los inicios de *Tareas*. También aparece en *Reversos*, precisamente envuelto de otros lugares con reverberaciones evocadoras primigenias, edénicas:

las palmas de Cayama bordadas en la alfombra
casi persa de los cañaverales
los lagos florecidos en pobreza
y el dariano Momotombo en el retrovisor
el Valle de Aburrá desde la ventanita
en la casa nublada

 los bosques de Oregón
y en su centro la playa de agua dulce
donde fundes mi ser
bendición a los que quedaron ciegos
por mirar el eclipse

(*Reversos*, p. 58)

Quien ose ver un eclipse, esa conjunción de los astros, como una escena antropológica de raíces místicas, quedará ciego para siempre. Ambas entregas, *Tareas* y *Reversos*, comparten un lenguaje común y estructuras altamente milimetradas por la paciencia de Rodríguez Núñez, este orfebre que calibra meticulosamente versos y formas hasta esculpir un texto o taracea de alto valor lírico, sin renunciar a hallazgos retóricos de cuño propio, en busca de esa coloquialidad perdida, origen e identidad. Si Rodríguez Núñez es –y ha sido– uno de los máximos defensores del coloquialismo, también hay que decir que, en esa coloquialidad que se busca e intenta expresar con absoluta normalidad, el lenguaje más sencillo, la primera de esas «tareas» del autor es devolver a la coloquialidad sus elementos a partir de un análisis pormenorizado de esta, es decir, el poeta no habla como escribe sino que restituye el lenguaje común en los textos, elaborándolos para que «parezcan» nuevos. Ahora bien, no es tan sencillo este proceso, ni plano, en el caso que nos ocupa. La inclusión de técnicas vanguardistas va paralela, y si por un lado nos acercamos a lo cotidiano, por otro existe un procedimiento brechtiano de extrañamiento por el que percibimos esa realidad reflejada de manera mucho más nítida o chocante. A modo de *collage*, el poeta recicla cualquier elemento que en la composición poemática pueda ser útil, por eso no se desdennan ciertas tipologías estilísticas que en principio no son «poéticas» y que pueden cumplir una función precisamente antipoética en algunos momentos (ver la estrofa «crecí leyendo la revista *Bohemia...*», en *Tareas*, p. 16).

Muchos son, como decimos, los puntos de contacto y común denominador de ambas entregas, si bien habría que remontarse al díptico *Actas de medianoche* (*I*, Valladolid: Junta de Castilla y León, 2006; y *II*, Soria: Diputación, 2007, los cuales, dicho sea de paso, necesitarían de una edición urgente en un solo volumen) que vendría a constituirse como un giro semiótico, formal y epistemológico dentro de la propia obra, la cual aunque ya había desdennado desde sus inicios la puntuación y algunas técnicas de la tradición, aun mantenía ciertos referentes clásicos, mientras que ahora la deconstrucción del lenguaje poético parte de una ruptura radical y busca en el torrente del lenguaje la propia unidad expresiva, la sustancia que nos define, la verdad del hombre y del

poeta, comenzando por la propia identidad, motivo central y de búsqueda incesante desde el cual van surgiendo las otras matrices temáticas:

un timbre involuntario
 cauteriza la calma
las bisagras del yo
 se niegan al desdoble
y te abres resonante
aunque se apague dentro
un día que no despunta [...]
 (*Reversos*, pp. 12-13)

Aunque el poeta sabe de dónde procede, se erige en un vigía de sí mismo, y en esa inmersión se dice a sí mismo cosas como: «vienes de mucho antes de muy lejos / para arraigar en este rudo sótano / donde fermentan ritmos / memorias imposibles / rabias cristalizadas [...]» (*Reversos*, p. 11). Sótano que, por cierto, al igual que el inconsciente freudiano, es la base del individuo, donde este se asienta y sobre el cual se construyen los pisos de la conciencia, y que en todo momento es «dialógico» (ibíd., p. 26), teniendo en cuenta los propios ancestros, estableciendo una conversación íntima:

¿qué hago entre los gaiteros de A Coruña?
¿seré el gallego Víctor
que tomaba notas con tinta de calamar?
¿ese abuelo que no esperó por nadie
y me dio su heptasílabo?
 (*Reversos*, p. 23)

Precisamente desde ese eje lingüístico torrencial se abre esta poesía que incorpora técnicas y lenguajes, que aúna grietas sintácticas cercanas al balbuceo, a la precipitación desiderativa, a la meditación que propicia el soliloquio intrasubjetivo, a una suerte de oración personal –«pagana», como en el último verso de *Tareas* (p. 52), aunque podría ser inconclusa según el poemario homónimo de 2000, *Oración inconclusa*, donde ya se percibía ese cam-

bio aludido que luego cristalizó en *Actas de medianoche*— en la que participamos a través de la reflexión y del encuentro con nosotros mismos, en nuestro reconocimiento (anagnórisis), o grito emocional, como en los últimos versos de *Reversos*:

un grito sin destreza vanguardista
que separa las vísceras
un grito sin dolor civilizado
que desgaja los arcos

un grito que restaura el orden de la duda
la belleza de toda negación
tornado de aridez
donde la luz no deja respirar
se levanta el deseo como una columna
contener una esfera
la memoria humeante

¿epitafio?
valió
la pena vivir
y también morir
(*Reversos*, pp. 64-65)

Mucho más podríamos añadir de estos dos libros, que poseen varios frentes abiertos en carne viva pero solo nos queda recomendar al lector estas dos entregas de un poeta que es una de las grandes referencias de la literatura hispanoamericana y que vive su madurez poética con absoluto rigor y precisión, a veces puntillista, en versos luminosos que no renuncian a las imágenes cerebrales y a las asociaciones vanguardistas, pero que al mismo tiempo poseen un asidero en el lenguaje de la calle, erigiéndose el texto en un espacio de diálogo entre el lector y el autor, ese lugar común al que todo creador aspira y que pretende ser testimonio único. En esa encrucijada entre tradición y vanguardia se halla la poesía vitalista de Víctor Rodríguez Núñez, y hoy queremos celebrarlo ©